

Los silencios de Gascón

IVO ARAGÓN

DIRECCIÓN EDITORIAL:

Álvaro Ribagorda y Begoña Borredá.

Ilustración de portada:

El leñador, Kasimir Malevich (1912).

Óleo sobre lienzo, 94 x 71,5 cm

Stedelijke Museum, Amsterdam (Holanda).

Diseño:

Álvaro Ribagorda

Edita: Biblioteca Cuarto Creciente

cuartocreciente_rc@hotmail.com

Depósito Legal: M-19428-2006

ISBN-13: 978-84-611-0323-2.

ISBN-10: 84-611-0323-8

Impreso por CERSA, Madrid.

(Printed in Spain)

© Ivo Aragón, 2006, 2007.

© Biblioteca Cuarto Creciente, 2006, 2007.

2ª Edición revisada: Madrid, 2007 (1ª ed. 2006)

ÍNDICE

- PRÓLOGO: ¿MIEDO A LOS MUERTOS?	p. 11
- LOS SILENCIOS DE GASCÓN	
I. No digas eso ni para decir que tenemos suerte	p. 17
II. La gente conocida puede despertar recuerdos	p. 23
III. Echarse al monte se hace por algo más que por un rumor	p. 33
IV. Candados que ya no cierran	p. 49
V. Guerra después de la guerra	p. 65
VI. Una ausencia, algunos silencios	p. 87



IVO ARAGÓN INIGO FERNÁNDEZ (Madrid 1976) es Licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, y trabaja como editor.

Fue cofundador de la revista *Cuarto Creciente* (1999), en la que se puede rastrear la evolución de su prosa, así como del fanzine *El Lirios* (1997).

Durante varios años estuvo buceando en todo tipo de lecturas literarias, con especial inclinación hacia algunos de los maestros del realismo social, como Delibes, Baroja, Sender, Carlo Levi o Steinbeck.

En los últimos años sus lecturas se han volcado hacia el campo de las ciencias sociales, y de la historia especialmente, donde el feudalismo, la transición al capitalismo, la construcción de las identidades nacionales, el mundo soviético, y la función social de la historia, son sus temas más visitados, de la mano de historiadores como E. P. Thompson, Hobsbawn, Pierre Vilar o Fontana.

Vinculado con Teruel por sus orígenes, se interesa vivamente por todo lo que esté relacionado con Aragón.

Carismático, apasionado, siempre jovial y lleno de energía, no concibe la vida sin leer, ni rechaza nunca una buena cerveza con los amigos.

PRÓLOGO: ¿MIEDO A LOS MUERTOS?

La universalidad de un libro se debe en muchas ocasiones a la capacidad del escritor para hacer que un lector, lejano en el espacio y el tiempo, penetre a través de su mirada en la más pura intimidad de un hecho concreto, y a veces diminuto.

Poco después de terminada la guerra civil, varios grupos de hombres se echaron al monte con el objetivo de continuar combatiendo contra la dictadura en una guerrilla épica y minúscula. La estrategia del maquis se basaba en la idea de que si, en plena Segunda Guerra Mundial, conseguían el apoyo de los aliados que combatían en el resto de Europa contra el fascismo, España sería liberada.

Sin embargo, las motivaciones de los guerrilleros del maquis en muchos casos estaban más próximas a una rebelión profunda y muy personal, que surgía de la inhumana degradación física y moral a la que la dictadura de Franco les sometía.

Los enfrentamientos entre los maquis y la Guardia Civil supusieron un goteo de sangre que duró varios años, exasperó al dictador, y se llevó por delante la vida de unas pobres gentes, sumidas en la inmundicia franquista y abatidas en un fuego cruzado, no siempre tan ajeno.

El temor y el silencio han ido cayendo en nuestra sociedad como una losa sobre muchos de los aspectos relacionados con la guerra civil y el franquismo, y perviven aún en nuestros días numerosos tabúes.

Buscando desenterrar esos silencios que persisten todavía en muchos pueblos y familias, y que han impuesto el olvido antes que la justicia, una joven historiadora se afana por reconstruir algunos de los sucesos del maquis. El azar hace que en su investigación se cruce un joven estudiante universitario, que a su vez comienza a descubrir un pasado familiar lleno de silencios, en una historia en la que las verdades establecidas encajan menos cada día.

El clima de violencia íntima y extrema en que se vivieron

esos enfrentamientos en muchos pueblos de España, queda explícito en el diálogo de uno de los personajes, cuando dice: «qué, ¿no iremos a tener ahora miedo de los muertos?»), paradoja verdaderamente cargada de trascendencia.

Ese hecho concreto y minúsculo, casi anecdótico, se constituye en el detalle verdaderamente revelador de una novela en la que se reflejan con precisión las duras condiciones de vida de una posguerra llena de temores, vejaciones, arbitrariedades, hambre, frío y miedo.

Se trata de un hecho tan específico y concreto que, en ese juego en el que casi importa más lo que no se dice, lo que va quedando entre líneas, terminan por transparentarse cuestiones más profundas.

Los silencios de Gascón recuerda en eso –como en el estilo- al mejor Sender, y en algunos aspectos casi podría tomarse como una continuación de su *Requiem por un campesino español*, al tiempo que la investigación de la historiadora evoca en ocasiones *La tesis de Nancy*, igual que su arquitectura y su ágil fluidez cinematográfica recuerdan a los *Soldados de Salamina* de Javier Cercas.

No obstante, el pulso de la obra de Ivo Aragón se encuentra precisamente en el lenguaje, que hace de ella un brillante y personalísimo ejercicio de estilo. Y es en ese lenguaje lleno de un realismo áspero y contenido, envuelto en un vocabulario de intenso sabor local, donde el autor muestra su verdadero aliento de narrador con voz propia, que encuentra su máxima intensidad cuando entra en el detalle mínimo del sufrimiento cotidiano, de la psicología de los personajes, o en esa sublimación del paisaje aragonés que tiene tan interiorizado.

Es así como el sufrimiento de los habitantes de La Fuenfosca, un pueblo concreto y ficticio, cobra vida en una situación en la que mantener un mínimo de ética y dignidad personal puede avocar a los personajes a la heroicidad o la tragedia.

ÁLVARO RIBAGORDA

Los silencios de Gascón

IVO ARAGÓN

I. NO DIGAS ESO NI PARA DECIR QUE TENEMOS SUERTE

—Está usted fuera de la Guardia Civil —el comandante levantó la vista por encima de los papeles sin un ápice de emoción, como si estuviera leyendo una receta—, pero eso ya se lo podía imaginar, que le iban a expulsar —Agustín Sánchez le miró asombrándose de la situación: desde ese momento aquel hombre no era su mando, su superior; no tenía por qué aguantar allí ni un segundo más.

Arrastró un poco la silla al levantarse y, sin mirarle más, dio media vuelta hacia la puerta del despacho. En algún momento el comandante tendría que decir algo, la gente así siempre quiere tener la última palabra y el silencio de Sánchez seguro que le resultaba insultante.

—El cabo tenía razón, ¿sabe? —le pilló a medio camino entre la silla y la puerta; paró y giró un poco la cabeza, justo hasta ver la ventana a su izquierda— Los maricones como tú no valéis ni un real a la hora de demostrar autoridad —entraba una luz rabiosa; había pasado la San Juanada y en esas fechas era cuando el paisaje se ponía más bonito en aquel pueblo—, al enemigo no se le gana con buenas palabras, con nobles intenciones. Se le vence a tiros o se muere.

El ex número Sánchez no pensaba contestarle, no quería darle la más mínima oportunidad. No aquel día. La vega estaba verde y en poco tiempo comenzaría la siega. Ahora mismo, en la plaza a la que daba el cuartel, estarían como todos los años contratándose las partidas de segadores que recogerían el cereal para las casas grandes.

—¿Y sabe en qué tenía razón también? —el ex número comenzó a caminar otra vez intuyendo un principio de irritación; apenas le quedaban cuatro pasos hasta el pomo de la puerta del

despacho—. En que la gente como tú solo sabe protestar y contradecir a los suyos. No sabe más que tocar los cojones hasta que la terminan cagando —recogería a Lourdes y se irían inmediatamente, no soportaba más de lo mismo—. ¡Sánchez! ¡Tienes una mujer preñada! ¡Dime! ¡Dime de qué te ha valido no pedir perdón, no ceder! —el ex número subió hasta el piso de arriba, y una vez en su habitación con la puerta cerrada, dejó de escuchar las voces del comandante persiguiéndole por la escalera.

—Lourdes, nos vamos inmediatamente. Me han echado del cuerpo —su mujer estaba sentada, serena, en un borde de la cama; también se esperaba aquello y tenía la bolsa preparada.

—¿Dónde iremos, Agustín? —por la pequeña ventana de la habitación entraba una luz más diáfana que en el despacho del comandante. Se veía la plaza del Barrio Bajo y, efectivamente, cuadrillas de dalladores negociando con medieros y amos la siega que se avecinaba.

—Nos vamos a Alcañiz, y si ahí no salimos adelante, a Zaragoza, y si no, a Barcelona —Sánchez buscaba sus correajes, sus cartuchos y la pistola para dejarlos sobre la cómoda de la habitación—. Vamos, mujer, el autobús saldrá en unos minutos.

—¿Por qué no regresamos a nuestra tierra? Vamos aunque sea a tu pueblo —Lourdes iría con su marido al lugar que él dijera, pero echaba de menos su tierra y estaba apunto de parir un hijo, le hacía ilusión que fuese manchego, como ellos.

—Porque allí hay la misma miseria que aquí, y porque el tío Ángel Buesa me ha dado la dirección de un comerciante de Alcañiz que necesita para su negocio un empleado que sepa escribir y contar —se plantó delante de su mujer, y tendiéndole una mano, ayudó a que se levantara. Después cogió la bolsa y bajaron por las escaleras de la casa cuartel.

Algunos ex compañeros se despidieron al vuelo deseándoles suerte. Otros se limitaron a verles pasar sin decir nada. Agustín respondió sobre la marcha a quien se dirigió a ellos, y solo se paró para hablar un momento con un número imberbe, uno de

los que había llegado como refuerzo hacía unos meses.

—Cristóbal —se detuvo y le miró a los ojos, aunque deseoso por salir de allí—, perdona que te complicara la vida nada más llegar; tú eres buena persona y me entiendes, sabes que aquella tontería no fue por algo malo —el número imberbe sonrió asintiendo—. Si aquí te lo ponen difícil o no aguantas más, pregunta por mí al tío Ángel Buesa, ya sabes, el de la Posada. Yo te ayudaré si te vienen mal dadas, ¿de acuerdo? —el número imberbe volvió a sonreír.

Se dieron un breve apretón de manos y Agustín Sánchez y su mujer salieron por fin del cuartel. En la plaza caía a esas horas el sol de plano, pero no se estaba mal, no picaba. En uno de los lados seguían los corros de dalladores y contratadores, y en el otro, había un pequeño tumulto en torno al autobús de Alcañiz, que llevaba un par de minutos parado. Al fondo manseaba el verde de los chopos y los árboles de la huerta, y por encima de ellos, se veían los montes abancalados para las almendreras de la Foz.

—Corre Lourdes, no vaya a irse el autobús.

Aceleraron el paso. Encontraron sitio y pagaron su billete. Lourdes callaba con las manos posadas sobre su vientre. Afortunadamente para el ex número Agustín Sánchez no se había alterado ni puesto nerviosa, aunque la situación no fuese la más deseable. Era una mujer valiente. Él en cambio sí que estaba algo contrariado, ya no por su expulsión de la Guardia Civil, ni por lo que había tenido que soportar desde que le abrieron el último expediente por insubordinación. Es que le hubiera gustado despedirse como debía de unas cuantas personas, empezando por Ángel Buesa, que le había proporcionado el contacto en Alcañiz para volver a empezar, y claro, de la familia del médico. Aunque los últimos dos años habían sido horribles, aquel pueblo le gustaba, habría sido un buen sitio para quedarse a vivir.

El autobús rugió al ponerse en marcha, tocó el claxon para apartar a los niños que había alrededor y enfiló la carretera de

Alcañiz, hacia el Bajo Aragón. Atravesaron la umbría verdosa de la huerta y antes de adentrarse por la Foz para empezar a bajar hacia el llano, Agustín se giró sobre el asiento para ver una última vez el caserío de La Fuenfosca. Entre los árboles, al fondo de la recta de la carretera, vio la plaza del Barrio Bajo, el cabezo del castillo arruinado a la izquierda y cómo las casas de piedra y teja roja trepaban cerro arriba. En lo alto del todo, el campanario ochavado de la iglesia parecía tocar la cinglera, tras la que se alzaban los pinares oscuros de la sierra Fosca. Luego el autobús trazó la primera curva para seguir paralelo el cauce del río, y aquella vista se perdió.

—¿Te vas triste, Agustín? —Lourdes levantó las manos del vientre para tomar las de su marido que se estaba reincorporando en ese momento.

—Sí, claro, un poco sí —hablaban bajo, casi susurrando para que no les oyeran—. Es inevitable —sintieron cómo refrescaba repentinamente; por aquel barranco encajonado que formaba el río Sargal nunca llegaba directamente la luz del sol—. Los últimos meses han sido difíciles, pero ahora todo irá mejor, ya verás —al terminar de decir esto, Agustín pasó un brazo por encima de los hombros de su mujer para reconfortarla y quitarle el frío en la medida de lo posible.

El autobús siguió descendiendo por la carretera de la Foz. Ya se veía la salida en forma de «V» de aquel profundo tajo en la montaña, y tras ella, las tierras más llanas cubiertas de presqueras, oliveras y cereal.

—¿Qué es lo que te ha dado más pena de todo lo que ha pasado? ¿Lo de Mas Meseguer? —el rostro de Lourdes se iluminó de golpe, la luz del sol llenó el autobús. Habían salido de la Foz.

—Sí, lo de Mas Meseguer. Ése ha sido el colmo de los sinsentidos.

Pasaron junto al empalme, el cruce del que sale el camino que va hacia Val de Presqueras, la pedanía del pueblo. Se la veía pequeña y apiñada a poco más de un kilómetro entre las copas

de presqueras y oliveras. Agustín miró los tejados y el diminuto campanario de ladrillo. Era un sitio de aspecto risueño, pero terrible. Apartó la mirada.

—Lourdes, tenemos mucha suerte —Agustín habló a su mujer rozando casi su rostro—, yo tendría que haber sido el otro muerto —Lourdes se apretó con todas sus fuerzas a su marido.

—No digas eso ni para decir que tenemos suerte.



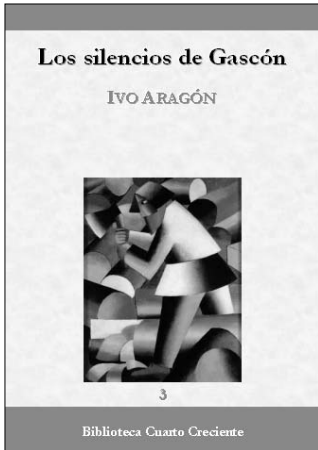
BIBLIOTECA CUARTO CRECIENTE

Colección de obras literarias de una nueva generación de jóvenes valores de la literatura española actual vinculados a la revista de creación *Cuarto Creciente*. Todos los libros son primeras ediciones, publicadas en tiradas reducidas de colección, con una edición esmerada, que presta especial atención al diseño, la tipografía y los materiales, y viene avalada por el apoyo institucional de la Universidad Complutense de Madrid.

www.cuartocreciente.es.vg

cuartocreciente_rc@hotmail.com

3



Ivo Aragón

Los silencios de Gascón

Novela

Prólogo: Álvaro Ribagorda

ISBN: 978-84-611-0323-2

96 pp.

4 €

Novela histórica sobre el maquis en Teruel, que con los elementos propios del realismo social reconstruye el clima de violencia íntima y absoluta humillación impuesto por el franquismo, y los silencios que sobre el tema perviven en nuestra sociedad y van saliendo a la luz en la investigación de una joven historiadora.

Ediciones BIBLIOTECA CUARTO CRECIENTE:

- Libro 1. Isidro David Carro: *Figuras de sal* (Poesía)
- Libro 2. Daniel Izquierdo: *El alféizar del tiempo* (Poesía)
- Libro 3. Ivo Aragón: *Los silencios de Gascón* (Novela)
- Libro 4. Álvaro Ribagorda: *La vida por delante* (Poesía)
- Libro 5. Tomás Sendarrubias: *El Rey del Alba Escarlata* (Novela)

Consigue el libro completo por sólo 4 €, o
suscríbete por sólo 12 € al año, enviándonos tu
solicitud al correo electrónico:

cuartocreciente_rc@hotmail.com

Con tu compra colaboras en el mantenimiento y la
difusión de la creación cultural.